

CAPÍTULO I. *De cómo le es natural al hombre ofrecer a Dios sacrificio, de la misma manera que le es natural su conocimiento y la inclinación a él*



ORDINARIAMENTE HA HABIDO entre los doctores sagrados, en las cosas que absolutamente no son de fe, diversos pareceres y opiniones; porque cuando la fe no les ata las manos, para que digan una misma cosa acerca del artículo o materia que se trata, toman licencia de seguir el camino que su parecer y albedrío les abre; por lo cual decimos que entre los que tratan ésta, de decir si el sacrificio es natural o no, han variado diversos, con diversas inteligencias y vías que han seguido y discursos que han hecho. Por lo cual (y para responder a lo que deseamos) es necesario advertir, como más largamente hemos tratado, que no hubo nación, ni la pudo haber en el mundo, tan bárbara y brutal, ni tan inculta en las cosas humanas y de razón, que así como no puede ni pudo carecer de algún conocimiento, ora sea claro ora sea obscuro, ora sea universal o confuso, mayor o menor, poco o mucho, de que hay Dios superior en todas las cosas, del cual tienen necesidad para ser ayudados y socorridos todos los hombres, de la misma manera no hay, ni pudo haber gente que pueda ignorar que esto que llamamos sacrificio, que es una protestación y testificación exterior del conocimiento que se tiene de el señorío universal de Dios, sobre toda criatura, debe ser dado y ofrecido a solo Dios y no a otra criatura alguna.

Lo segundo, hemos de suponer, que según el Filósofo,<sup>1</sup> junto con el comentario de Santo Tomás y en el octavo de los *Ethicos*,<sup>2</sup> naturalmente nuestro entendimiento juzga deberse a Dios lo más excelente que los hombres pueden darle y ofrecerle en servicio y esto le han de ofrecer. Y aún dice más, que con todo lo que el hombre le ofreciere, siempre le queda en deuda, porque ninguna cosa puede tener, ni darle, que sea igual o equivalente a lo mucho que a Dios debe. Y el que así ofrece, hace lo que puede, aunque no da todo lo que debe y está obligado. Y así añadiremos a esta razón, que lo que falta de parte del hombre, en este ofrecimiento, por no ir cabal y cumplido, suple Dios en la aceptación que de él hace, recibéndolo como de hombre mendigo y no suficiente para pagar colmadamente esta deuda. La razón que prueba la deuda y obligación en que a Dios estamos, es ésta: que todo hombre, por un instinto natural, se siente no tener cosa en sí que no la haya recibido de aquel que tiene por Dios; y por consiguiente manera, todo su ser y vida, conservación y sustentación. Pues como nues-

<sup>1</sup> Lib. 7. Polit. cap. 9.

<sup>2</sup> Lib. 8. Ethic. cap. 10.

tro entendimiento conciba esto de aquel que tiene por Dios, luego consecutivamente concibe debérselo todo a Dios. Y de aquí es, que ningún hombre, ni reino, ni comunidad puede satisfacer ni recompensar a Dios los beneficios recibidos con ningunas obras, ni trabajos, ni con muerte, ni con vida, en cuanto es de su parte y de sus obras, si no es por la benignidad con que Dios las recibe, contentándose con aquello poco que vale lo que le damos, de lo mismo que de sus poderosas y abundantes manos recibimos.

Siendo, pues (como dice Santo Thomás),<sup>3</sup> cosa cierta que el hombre reconoce una causa, y Dios, del cual cuelgan sus aflicciones y necesidades, así como en las cosas naturales las inferiores cuelgan y penden de las superiores, de esta misma manera la razón natural dicta al hombre (según su natural inclinación) que ofrezca a aquel que reconoce por mayor y superior que él una sujeción y modo de tributo y pecho, a su modo y conforme su posible. Este modo (prosigue Santo Thomás) es muy conveniente al hombre que sean señales sensibles, así como el conocimiento le nace de cosas sensibles; y así nace de esta razón natural que el hombre use de cosas sensibles y naturales, las cuales ofrezca a Dios en señal de reverencia y en clara demostración de lo mucho que le debe; de la misma manera que el esclavo o siervo temporal ofrece a su señor o amo alguna cosa por tributo o pecho, con que se le humilla y confiesa por menor y suyo. Pues este modo de dar y ofrecer pertenece a la razón del sacrificio; y por consiguiente manera (concluye el Angélico Doctor) que esta oblación y sacrificio pertenece al derecho natural y es muy natural al hombre ofrecerlo a Dios.

San Chrisóstomo, en la oración primera, de cinco que hace contra judíos parece contradecir, no ser el sacrificio natural; lo cual prueba con tres argumentos, deducido el uno del capítulo primero de Isaías, adonde hablando Dios con su pueblo dice: ¿Para qué quiero tanto sacrificio como me ofrecéis, o de qué provecho me son vuestros sacrificios? Y luego concluye. No os canséis en esas cosas, porque todas ellas las tengo por abominación; de donde infiere Chrisóstomo que a ser naturales, y los hombres naturalmente inclinados a ellas, no se las reprehendiera Dios. El segundo argumento cogimos de el capítulo diez y siete de el *Levítico*, donde Dios mandó ser hechos estos sacrificios en el tabernáculo y templo, y no en otra parte, porque los reyes y señores que sacrificaban en los montes y sierras a los dioses monteses, no los sacrificasen; luego por esta condición se lo mandó; luego no son naturales estos sacrificios, por no ser absolutamente voluntario precepto, sino para quitar mayores males; de la misma manera que era concedido el libelo del repudio o como el que echa las mercaderías en la mar, por escapar la vida, queriendo de los dos daños el menor, que es perder la hacienda antes que la vida o como le acontece a un discreto médico que tiene a cargo un furioso enfermo que le da voces para que le dé agua, con protestación que de no dársela se despeñará y matará violentamente, sabiendo el médico que lo hará, negándosela, permíteselo, eligiendo de los dos males el menor.

<sup>3</sup> 2. 2. q. 8. art. 1.

El tercero argumento es éste: solemos decir acá, que de los enemigos, los menos; pues si Dios puso tanta tasa en los sacrificios y fiestas y solemnidades, sean así o así, de esta manera o de esotra, sean tantas y en tales y tales tiempos y no en todo lugar ni en todas partes, sino en tal lugar y con tales condiciones y circunstancias, sea en la ciudad de Jerusalén y no en toda ella indiferentemente, sino en sólo el templo y últimamente vino a dar con todo en tierra, luego síguese que los aborrecía, como por palabras expresas de Isaías lo dice el mismo Dios por éstas: vuestras solemnidades aborreció mi ánima y he trabajado y hecho mucho en sufrirlas; luego síguese que las aborrecía absolutamente (dice el doctísimo Chrisóstomo) y que no las quería, ni eran de su gusto; y así, los sacrificios no lo fueron, ni por consiguiente manera naturales, sino permitidos por evitar mayores males y locuras de hombres desatinados, inclinados a la falsa adoración de los ídolos.

Contra esta opinión de el elocuentísimo Chrisóstomo está la de el divino Gerónimo, en los comentarios de Isaías sobre el capítulo primero; el cual dice que en ninguna manera se ha de entender absolutamente que Dios aborreció los sacrificios (en razón de sacrificios) sino que los aborrece por ser tratados de hombres malos y pecadores, no porque los sacrificios de suyo sean malos; pues como por la razón de Santo Thomás tenemos probado, son naturales y cosa lícita a los hombres para reconocerse sujetos y obedientes a Dios, como a supremo que es en todas las cosas, sino porque lo principal que en ellos se pretende es la buena y limpia conciencia con que habían de ser ofrecidos; porque los sacrificios de la ley antigua tenían su valor del que los ofrecía, y si él era malo, ellos eran malos, y si bueno, buenos; y así aborrecía Dios a los que los trataban, que sólo se contentaban con la exterioridad de el sacrificio, siendo verdad que el fin del legislador y del que los instituyó fue la piedad interior y la virtud del alma; por lo cual diremos (declarando a Chrisóstomo y siguiendo a fray Adamo,<sup>4</sup> que se aprovecha de las palabras de San Gerónimo) que los sacrificios son naturales, por los cuales pedía Dios no tanto las cosas ofrecidas y sacrificadas, sino la devoción y piedad del alma con que habían de ser hechos los sacrificios; y revocar también por esta vía y apartar a los de su pueblo que no los ofreciesen a los demonios; y es fuerza que digamos, que los sacrificios son de ley natural, pues es regla recebida entre sabios, que aquello que todas las naciones de el mundo han usado, es cosa natural, por cuanto la naturaleza misma se inclina a ello, y vemos que todas los han usado: luego es cosa natural.

Pues si tomamos la carrera de sus principios, en los muy recientes y tiernos de la creación de el mundo, sabemos haber ofrecido sacrificio Caín y Abel; Noe lo ofreció, luego que salió de el Arca.<sup>5</sup> Melchisedec (de quien dice la Sagrada Escritura que era sacerdote de el altísimo Dios) ofreció pan y vino. Abraham en la división y partición de la vaca;<sup>6</sup> y esto había de ser

<sup>4</sup> Fr. Adam. in Isai. cap. 1.

<sup>5</sup> Genes. 14. 18.

<sup>6</sup> Genes. 15. 10.

(para ser bueno el sacrificio) por una de dos maneras. La una, por ser cosa natural y a que la naturaleza naturalmente se inclina; y siéndolo así, ya vemos por este modo ser natural. La otra, por revelación o inspiración divina, porque de otra manera (dice Escoto)<sup>7</sup> fueran tenidos por hombres locos y presumptuosos los de aquel tiempo, si tales cosas hicieran sin beneplácito y gusto de Dios, pues las hacían en orden y a fin de agradarle, y que agradándose de ellos, como vemos que se agradó en el sacrificio de Abel, de el cual dice la Sagrada Escritura,<sup>8</sup> que lo aceptó con ojos de misericordia; y de el de Noé,<sup>9</sup> que le olió a olor suavísimo y bueno, había de mandar por algún modo que se hiciesen. Y pues tuvo en esto gusto Dios, y vemos que no contradice a lo natural y que es muy conforme a la naturaleza; y siendo conforme a ella, es razón que se lo atribuyamos.

De donde vengo a inferir no ser invención de el gloriosísimo Chrisóstomo hablar de los sacrificios en común, que un hombre tan sabio y docto y ejercitado en el estudio de las divinas letras, no ignoró estos sacrificios y ofrendas referidas; y sería cosa muy de risa pensarlo de él, ni tampoco que no hay texto expreso en ellas que declare ser de voluntad de Dios el habérselos mandado hacer en aquella ley natural; antes dice por Jeremías: No traté en los tiempos pasados con vuestros padres cosa de éstas, ni cuando los saqué de Egipto.<sup>10</sup> Como parece claro en el *Éxodo*, que les dio leyes y no pidió sacrificios, aunque después sí, por razón de que el pueblo no los ofreciese al demonio, idolatrando por ser tan inclinados a la idolatría. Luego era fuerza que pensara, o que eran de ley natural, pues los hombres los hacían movidos por el impulso propio de naturaleza, o que eran de mandamiento de Dios, como dice Escoto en el lugar referido, o inspiración suya. Y como dice Santo Tomás,<sup>11</sup> Dios no quería estos sacrificios en razón de aquellas cosas que se le ofrecían, como necesitado y menesteroso y mendigo de ellas, pero pedíalas por apartarlos de la idolatría e inducirlos y acariciarlos a la obediencia que a Dios deben los hombres y traerlos a la consideración de sus beneficios. Y siendo éste el intento y no consiguiéndose, aborrecía las cosas de los sacrificios, por cuanto no se lograban ni llegaban al fin para el cual fueron ordenados. Y esto es lo que les da en cara Isaías y con lo que los afrenta y lo que les refiere Chrisóstomo y dice, que si en sólo ofrecer los sacrificios consistiera el ser buenos y la observancia de la ley, que nunca faltaran; y así digo, que su razón corre y se entiende de solos aquellos sacrificios de la ley antigua, los cuales le eran a Dios de enfado y ofensa por los pecados atroces y abominables de los que los ofrecían. Y si el sacrificio no fuera de suyo bueno, como cesó la ley en la muerte de Cristo y entrada del evangelio, también cesara; pero vemos que se continuó en el sacrificio del cuerpo y sangre verdadera de Cristo nuestro señor; porque aunque entró otra ley, no cesó el sacrificio,

<sup>7</sup> In 4. Sent. d. 1. q. 9.

<sup>8</sup> Genes. 4. 4.

<sup>9</sup> Genes. 8. 21.

<sup>10</sup> Div. Ier. 7.

<sup>11</sup> Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 3. ad pri.

sino entró juntamente con la ley nueva, nuevo modo de sacrificar que fue ofrecer en el altar a Cristo en sacrificio. Por lo cual concluyo que el sacrificio es natural, como llevamos probado; y que a él se inclinan los hombres naturalmente, como a cosa debida a Dios. Y el mismo santo, en la homilia diez y ocho, sobre el *Génesis*, dice: que sacrificó Caín de los frutos de la tierra, movido de la inclinación natural, puesta en el ánimo del hombre, por el mismo Dios que lo crió; no como cosa necesaria para Dios, porque respecto de este mismo Dios, ningún sacrificio fue necesario, sino respecto de el hombre, con el cual se muestra agradecido a los beneficios recibidos y sujeto a la sumisión que le debe, por ser su criatura. Éstas son palabras formales de este sapientísimo santo, con que se prueba el intento.

CAPÍTULO II. *Que trata la antigüedad de el sacrificio, y se prueba haber sido Adán el primero que sacrificó en el mundo*



EL MODO DE SACRIFICAR COSAS CORPÓREAS comenzó en el principio del mundo. Y aunque nos dice la Sagrada Escritura,<sup>1</sup> que los dos hermanos Caín y Abel fueron los sacrificantes primeros, y no hace mención de otros antes, es de creer que nuestro primer padre Adán fue el inventor de este sacrificio en el mundo; porque si tenemos probado ser de ley natural, también hemos de creer que se principiaría en aquel hombre en quien Dios puso esta naturaleza que obliga a reconocerle por este modo. Esta verdad comprueban muchos hombres doctos, en especial lo dicen Nicolao de Lira,<sup>2</sup> Oleastro<sup>3</sup> y el doctísimo Tostado.<sup>4</sup> Y que esto sea así es creíble; pues como padre estaba obligado a doctrinar y enseñar a sus hijos una manera de reconocer a Dios por algunos modos exteriores y posibles, porque este modo de reconocimiento es necesario para la adoración latría que se debe a Dios; porque otros modos de reverencia también se hacen a los hombres; pero el sacrificio a solo Dios es debido, en el cual ninguna cosa criada tiene parte, como la tiene en otros modos de reverencia, por lo cual quiso Dios, para ser conocido y estimado de los hombres, que se le aplicase esta suerte de adoración de sacrificio, para que por él fuese alabado y adorado, porque los que lo viesan creyesen ser Dios el que por aquel modo visible era servido.

De cómo sacrificaban, dicen, que sería haciendo altar, poniendo en él leña, encendiendo fuego y echando en él el sacrificio, ora fuese cosa animada, ora inanimada. Y que éste fuese el modo antiguo de los primeros hombres del mundo es muy probable, por el fuego que envió Dios del cielo con que abrasó y consumió el sacrificio de Abel, como traslada Theo-

<sup>1</sup> Genes. 4.

<sup>2</sup> Lira in cap. 4. Genes.

<sup>3</sup> Oleast. ibid.

<sup>4</sup> Abul. ibid.